



MARTÍ, Fèlix; ORTEGA, Paul; IDIAZABAL, Itziar; BARREÑA, Andoni; JUARISTI, Patxi; JUNYENT, Carme; URANGA, Belén; AMORRORTU, Estibaliz (eds.)

Palabras y mundos. Informe sobre las lenguas del mundo

Barcelona : Icaria, 2006; 424 p. : il. - 23 cm. - ISBN: 84-7426-889-3.

La desaparición de las lenguas del mundo

El ritmo al que se está reduciendo la diversidad lingüística en la especie humana es tan vertiginoso, tan carente de precedentes, que parece que solo nos quede contemplar cómo sucede. Quizá sea así, o quizá no. En el caso de que la segunda posibilidad sea aún real, éste que reseñamos aquí es un informe necesario: muchos de los datos que en él se vierten deberían ser más conocidos y estar más difundidos entre los habitantes de nuestro planeta. Porque conviene aclarar desde el principio que en este libro, más que un informe sobre las lenguas del mundo, lo que se nos ofrece es un informe sobre *la desaparición* de las lenguas del mundo. El hecho, conocido para los profesionales del lenguaje y las lenguas, pero desconocido para los no expertos, es que la mayoría de las lenguas humanas están desapareciendo, velozmente, mientras leemos estas palabras.

El valor central de este informe reside en los datos que aporta, y convendrá que hagamos primero un breve resumen de la situación: “Cerca del 50% de las lenguas ya no se transmite de forma habitual” (p. 25). Si Ethnologue (www.ethnologue.com), nuestra fuente de datos sobre diversidad lingüística en la red, nos dice hoy que hay 6.912 lenguas humanas (cifra que hay que tomar con un valor aproximativo, dado lo difícil de “contar” lenguas), esto quiere decir que unas 3.400 probablemente no serán viables ni existirán cuando mueran los hablantes que hoy tienen, pongamos en 100 años, siendo muy generosos en nuestra estimación. El informe sobre las lenguas del mundo se ha realizado utilizando los datos actualmente disponibles sobre diversidad lingüística, como los que encontramos en Ethnologue, pero además ha recabado otro tipo de datos más específicos de la situación de 525 lenguas, una muestra que representa aproximadamente el 10% de las lenguas del planeta, y de la que se extrapola a la situación global. El seguimiento en futuros años de la evolución de estos datos encuestados aporta gran valor potencial al informe como “pulso” de la evolución de la diversidad lingüística.

Para una sinopsis bien informada y mejor relatada de la dimensión de la desaparición de lenguas hoy, se puede comenzar a leer este libro por el segundo capítulo, titulado “Patrimonio lingüístico” (p. 79) especialmente por el apartado titulado “La diversidad lingüística en el siglo XXI” (p. 87), donde el lingüista Juan Carlos Moreno Cabrera, de la Universidad Autónoma de Madrid, gran conocedor del lenguaje y las lenguas, nos retrata un panorama actual desolador pero real. Comienza el profesor

Moreno Cabrera por introducirnos en los diferentes criterios de diversidad que suelen aplicarse a las lenguas, y entre ellos el primero, claro está, la pregunta: ¿Qué es una lengua? Quien no se ha detenido nunca en el estudio del lenguaje tiende a pensar que contar lenguas es trivial, pero sin embargo quien emprende esta tarea se tropieza siempre con el mismo obstáculo: las lenguas no son entidades extensionales (territoriales) y discretas (de fronteras bien definidas), como la escuela y algunos mapas nos quisieran hacer pensar, sino entidades intensionales (mentales) y difusas (de fronteras a menudo borrosas), como bien sabemos desde mediados del siglo XX. Frecuentemente suelen ser criterios políticos, y no lingüísticos, los que deciden que A y B son dos lenguas diferentes (valenciano/catalán, portugués/gallego, serbio/croata) o que son dos variedades (dialectos) de una sola lengua (piamontés/toscano dialectos del italiano, mandarín/pekinés dialectos del chino), y esto hace que los lingüistas discutamos las clasificaciones y recuentos de lenguas. Alcéndonos correctamente de lo problemáticos que son estos cálculos, pero aplicándolos pese a todo para ver al menos de modo aproximado qué está sucediendo, obtiene el profesor Moreno Cabrera los siguientes datos: Un 83% de las lenguas del mundo tienen menos de 100.000 hablantes; un número de hablantes enorme para una sociedad cazadora-recolectora, o una sociedad agraria poco tecnologicada, pero en una sociedad industrializada una cifra que hace a una lengua prácticamente inviable. Un 59% de lenguas tienen menos de 10.000 hablantes, la cifra por debajo de la cual hablamos de muerte de lenguas, y un 30% tienen menos de 1.000 hablantes, es decir, aún existen testimonialmente, pero incluso así por poco tiempo. Moreno Cabrera nos guía en un breve pero acertado viaje a través de los continentes, y nos muestra un panorama descorazonador. Tras mostrarnos cómo miles de lenguas están desapareciendo de forma brusca, en un solo relevo generacional (esto es lo insólito de la situación contemporánea), nos ofrece un análisis de las causas, que como el lector imaginará, hunden sus raíces en los aspectos culturalmente homogenizadores de la globalización económica.

El informe sobre las lenguas del mundo comenzó a gestarse en 1996, diez años antes de su publicación, cuando el director general de la UNESCO propuso su redacción. El Gobierno Vasco ofreció los recursos económicos para llevarlo a cabo, y la UNESCO Etxea emprendió la tarea, trabajando durante 1998 y 2002 en su elaboración. Entre sus objetivos están el de evaluar la situación –“El informe quiere presentar datos significativos sobre la diversidad lingüística y sobre su evolución acelerada” (p. 16)–, pero también el de “ser una llamada a la responsabilidad de todos para proteger la diversidad lingüística” (p. 16), e “intentar ofrecer pautas de actuación para preservar la diversidad lingüística” (p. 331). El informe pretende en su primer objetivo presentar un estado de la cuestión que pueda utilizarse como referencia de contraste para futuros informes de carácter similar. Alcanzar este primer objetivo mediante la publicación de un libro es difícil, pero planteable; sin embargo, los dos últimos inevitablemente implican a la comunidad política internacional, y quizá una sola publicación académica no tenga el poder necesario para hacer sonar el gong de alerta con suficiente fuerza.

El informe tiene una estructura que podría calificarse de caleidoscópica. Por un lado, se divide en doce capítulos que abarcan diferentes aspectos del conocimiento y uso de las lenguas por sus comunidades, a menudo en situaciones variadas de bilingüismo o multilingüismo. Por otro lado, contiene insertos sobre muy variadas cuestiones, escritos por un amplio abanico de especialistas. Es desafortunado que los aspectos menos favorables del informe se encuentren precisamente en sus primeras páginas, en su prólogo y en el primer capítulo. Por eso he recomendado antes a quien quiera beneficiarse de lo mejor de este libro que empiece a leerlo a partir del segundo capítulo, comentado en un párrafo anterior. El prólogo da inicio al libro con

una serie de aseveraciones a menudo vagas, de connotaciones whorfianas inexactas (como nos dice, por ejemplo, pocas páginas más adelante, Hamers en su interesante inserto titulado “Bilingüismo, multilingüismo y desarrollo mental”, pp. 63-69). El segundo capítulo, titulado “Comunidades lingüísticas”, ha sido redactado por Mühlhäusler, profesor de la Universidad de Adelaida, pero no alcanza su objetivo de “ofrecer un compendio de la información que existe en materia de comunidades de habla y subrayar la importancia del debate sobre este fenómeno” (p. 35). No haré aquí una detallada crítica de las carencias, aseveraciones inexactas o inverificables y simplificaciones excesivas que contiene este capítulo, aunque por dar alguna como muestra, véase la inexcusablemente simplista recapitulación de las cuatro opiniones (p. 38) que hay en torno a la cuestión en la lingüística “occidental” (adjetivo este que aparece frecuentemente en el capítulo aunque no se haga ninguna mención a otra lingüística no occidental). De hecho, el propio título escogido en la versión en lengua española del libro tiene fuertes connotaciones whorfianas, *Palabras y mundos*, que no aparecen en su versión en euskera, *Hizkuntzen mundua*, “el mundo de las lenguas”, o en su versión en francés, *Langages du monde*, que reciben títulos más afortunados. Pese a este mal inicio, el informe contenido en el libro prosigue con grandes cantidades de información y muchas reflexiones pertinentes, de entre las que destaca la vehemente defensa de la diversidad lingüística.

Defender el valor de la diversidad es una cuestión más política que científica, pero dado que nuestros juicios políticos y morales suelen basarse parcialmente en cómo creemos que son las cosas, hay una enorme y necesaria labor de divulgación de conocimiento sobre el lenguaje y las lenguas que informes como éste contribuyen a realizar. Por ejemplo, el informe aspira a combatir la ignorancia y los prejuicios que afectan negativamente a la vida de las comunidades lingüísticas, y aquí la contribución de quienes trabajamos con el lenguaje y las lenguas no es inane. Es un hecho sabido, por ejemplo, que no hay lenguas más o menos desarrolladas, más o menos complejas, más o menos primitivas, y sin embargo el debate político y social aún utiliza este tipo de tesis para justificar determinadas actitudes o políticas lingüísticas. Es también sabido entre lingüistas que la única manera de determinar sólidamente el espectro de variabilidad (limitada pero inconmensurable, como la variabilidad biológica) lingüística de la facultad humana para el lenguaje es el acceso a muchos y muy diversos sistemas lingüísticos; por ejemplo, si las lenguas entre paréntesis no se conocieran, no sabríamos que puede haber concordancias verbales que no se refieren a ningún actante del predicado (euskera), no sabríamos que hay lenguas donde el uso correcto de la pasiva requiere conocer la jerarquía de seres de una determinada cosmogonía (navajo), no sabríamos que hay lenguas donde se clasifican los objetos con morfemas especiales atendiendo a sus tamaños y formas (lenguas bantúes)... Habrá quien piense que esto no tiene importancia, o que solo la tiene para los propios lingüistas, pero habrá también quien se admire al saberlo, y valore consecuentemente la conservación del patrimonio lingüístico. En cualquier caso, no podrá argüirse, como personas con grandes responsabilidades y supuestamente cultas insisten aún hoy en hacer, que sería mejor que algunas lenguas dejaran de hablarse porque son demasiado primitivas para adaptarse a las necesidades de comunicación de nuestra sociedad moderna. Si divulgamos lo que sabemos, tampoco podrá argüirse, como se ha hecho repetidamente aunque faltara la evidencia que lo sostuviera, que el bilingüismo se asocia con desventajas cognitivas. Si divulgamos lo que sabemos, podremos albergar la esperanza de que cuantas más personas lo conozcan, cuantos más testigos haya, mayor será el valor que se le otorgue a la diversidad lingüística, y crecerán las oportunidades de que los poderes económicos y políticos se sientan obligados a hacer algo al respecto. No creo que sea una esperanza pequeña, aunque quizá sí sea vana.

Itziar Laka Mugarza